

# **UNA MODESTA PROPOSICION**

**Jonathan Swift**

[librosgratis.liblit.com](http://librosgratis.liblit.com)

Para evitar que los niños de la gente pobre de Irlanda se conviertan en una carga para sus padres o para el país, y para hacer que sean de provecho para el público.

Es objeto de melancolía para aquellos, que caminan por esta gran ciudad, o viajan por el campo, cuando ven las calles, los caminos y los portales llenos de pordioseras del sexo femenino, seguidas por tres, cuatro o seis niños, todos ellos cubiertos de harapos y molestando a cada pasajero al pedirle una limosna. Estas madres, en vez de ser capaces de trabajar para ganarse la vida, se ven forzadas a emplear todo su tiempo en vagar, implorando el sustento de sus inermes infantes que al crecer se convierten, por falta de trabajo, en ladrones, o dejan su amado país natal para pelear a favor del Pretendiente en España, o se venden en servidumbre a las Islas Barbados.

Creo que todas las partes están de acuerdo en que este prodigioso número de niños en los brazos, o en las espaldas o pegados a los talones de sus madres, y frecuentemente de sus padres, es en el actual deplorable estado del reino una muy grave afrenta adicional; y por tanto quien pudiera encontrar un método justo, barato y sencillo para hacer de estos niños miembros respetables y útiles de la comunidad merecería tanto agradecimiento del público como para colocar su estatua como un salvador de la nación.

Pero mi intención está lejos de encontrarse restringida a proveer sólo para los niños de los pordioseros; es de un alcance mucho más grande, y deberá incluir a todos los infantes de cierta edad, nacidos de padres que, a efectos prácticos, tienen tan poca capacidad de mantenerlos como quienes demandan nuestra caridad en las calles.

Por mi parte, después de dedicar mis pensamientos por muchos años a este importante tema, y de ponderar maduramente los varios esquemas de nuestros planeadores, siempre he encontrado que se equivocan de plano en sus cálculos. Es verdad, un niño recién salido de su madre puede ser sostenido con su leche durante un año solar, con poca necesidad de sustento adicional: en el peor de los casos, por un valor no superior a dos chelines, los que la madre puede ciertamente obtener, o su equivalente en sobras, a través de su legítima ocupación de pedir limosna; y es exactamente al año de edad que propongo encargarse de ellos de tal manera que, en vez de ser una carga para sus padres, o la parroquia, o de carecer de alimentos y vestidos para el resto de sus vidas, deberán, por el contrario, contribuir a la alimentación, y parcialmente al vestido de muchos miles.

Hay además otra gran ventaja en mi esquema, que evitará aquellos abortos voluntarios, y esa horrible práctica de que las mujeres asesinen a sus hijos bastardos, que es, por desgracia, demasiado frecuente entre nosotros, sacrificando a los pobres bebés inocentes, me temo, más para evitar el gasto que la vergüenza, y que movería a las lágrimas y a la compasión al corazón más salvaje e inhumano.

Con el número de almas en este reino estimado usualmente en alrededor un millón y medio, de estos calculo que habrá unas doscientas mil parejas cuyas

mujeres sean fértiles; de tal número resto 30 mil parejas, que son capaces de mantener a sus propios hijos (aunque me temo que no puede haber tantas, bajo las pobres condiciones que imperan actualmente en el reino) pero concediendo esto, quedarán aún ciento setenta mil mujeres fértiles. De nuevo resto cincuenta mil, para considerar a quienes sufren de abortos espontáneos, o aquellas cuyos niños mueren por accidente o enfermedad antes del año. Quedan sólo ciento veinte mil niños nacidos anualmente de padres pobres. La pregunta, por tanto, es, ¿cómo se puede criar y sostener a este número? lo cual, como ya he dicho, bajo las condiciones actuales es completamente imposible usando los métodos que se han propuesto. Pues no podemos emplearlos en la industria o la agricultura; no construyen casas (me refiero al campo) ni cultivan la tierra: es raro que puedan ganarse la vida robando antes de los seis años de edad; excepto cuando son de mente vivaz, aunque confieso que aprenden los rudimentos mucho antes; y en ese período, sin embargo, sólo pueden ser considerados como aprendices, como me ha informado un principal caballero en el condado de Cavan, quien me aseguró que nunca ha sabido de más de uno o dos casos de menores de seis años, aún en una parte del reino tan renombrada por su gran habilidad en ese arte.

Me aseguran nuestros mercaderes que un niño o niña de menos de doce años de edad no es vendible, y aún cuando llegan a esa edad, no reportarán más de tres libras, o tres libras y media corona en el mejor de los casos, en el mercado; lo que no puede compensar ni a los padres ni al reino por los nutrientes y harapos que habrán importado al menos cuatro veces ese valor.

Ahora, por tanto, propondré humildemente mis propios pensamientos, que espero no recibirán la menor objeción.

Me ha asegurado un sabio americano, que he conocido en Londres, que un niño saludable y bien alimentado es, al año de edad, un alimento de lo más delicioso y nutritivo, ya sea estofado, rostizado, horneado o hervido; y no tengo duda alguna de que servirá igualmente bien en un fricassé o un ragoust.

Por tanto, humildemente propongo a la consideración pública que de los ciento veinte mil niños ya computados, veinte mil sean reservados para crianza futura, de los que sólo una cuarta parte serán del sexo masculino; una proporción mayor a la que usamos para ovejas, ganado o cerdos, y mi razonamiento es que estos niños rara vez son producto del matrimonio, que es una circunstancia no muy apreciada por nuestros salvajes, y por tanto un macho será suficiente para servir a cuatro hembras. Que los restantes cien mil puedan, al cumplir un año de edad, ser ofrecidos en venta a personas de calidad y fortuna de todo el reino, siempre recomendando a la madre que los dejen mamar abundantemente durante el último mes para que estén rozagantes y gordos para una buena mesa. Un niño rendirá para dos platillos en una reunión de amigos, y cuando la familia cene sola, la mitad anterior o posterior hará un plato razonable, y sazónada con un poco de pimienta o sal, estará muy bien hervida en el cuarto día, sobre todo en el invierno.

He calculado, en promedio, que un niño recién nacido pesará cinco kilos y medio, y en un año solar, si se amamanta de manera tolerable, aumentará hasta casi 13 kilos.

Acepto que esta comida será algo cara, y por tanto muy adecuada para terratenientes quienes, tras haber devorado en su mayor parte a los padres, parecen tener el mayor derecho a hacer lo propio los niños.

La carne de infante estará en temporada durante todo el año, pero será más abundante en Marzo, y un poco antes y después; pues nos ha dicho un serio autor, un eminente médico francés, que dado que el pescado es un alimento de lo más prolífico, nacen más niños en países Católicos Romanos unos nueve meses después de la Cuaresma, los mercados estarán más saturados de lo normal, porque el número de infantes Católicos es al menos de tres a uno en este país, y por tanto tendrá una ventaja colateral más, al disminuir la cantidad de papistas entre nosotros.

Ya he calculado que el costo de mantener al hijo de un pordiosero (en cuya categoría incluyo a todos los campesinos, jornaleros y a cuatro quintos de los granjeros) es de unos dos chelines al año, harapos incluidos; y creo que ningún caballero dudaría en pagar diez chelines por el cuerpo de un buen niño gordo que, como he dicho, rendirá para cuatro platos de excelente carne nutritiva, cuando vaya a cenar sólo con un amigo particular, o con su familia. Por tanto, el joven caballero aprenderá a ser un buen terrateniente y se hará popular entre sus renteros, la madre tendrá ocho chelines de ganancia neta, y estará en condiciones de trabajar hasta que produzca otro niño.

Quienes sean más ahorrativos (como, debo confesar, estos tiempos requieren) pueden desollar el cuerpo; la piel del cual, tratada artificialmente, hará unos guantes de dama admirables, y botas de verano para caballeros finos.

En cuanto a nuestra Ciudad de Dublín, pueden designarse mataderos para este propósito, en las partes más convenientes de ella, y estamos seguros de que no faltarán carniceros; aunque yo recomendaría comprar los niños vivos, y prepararlos recién sacrificados, tal y como hacemos al rostizar cerdos.

Una persona de valía, un verdadero amante de su país y cuyas virtudes tengo en alta estima, se complació recientemente, al conversar sobre este asunto, en ofrecer un refinamiento a mi esquema. Dijo que considerando que muchos caballeros de este reino han cazado a sus ciervos hasta la extinción, imaginaba que la falta de venados bien podría suplirse con los cuerpos de muchachos y doncellas jóvenes, no mayores de catorce años de edad, ni menores de doce; habiendo un número tan grande de ambos sexos en todos los países que están listos para morir de hambre por falta de empleo y servicio: y que estos podrían adquirirse de sus padres si viven, o de otro modo de sus parientes más cercanos. Pero con toda deferencia a tan excelente amigo, y tan merecedor patriota, no puedo estar de acuerdo en sus sentimientos; pues en cuanto a los machos, mi conocido americano me aseguró por repetida experiencia que su carne es generalmente dura y magra, como la de nuestros escolares, debido al continuo ejercicio, y que su sabor es desagradable, y engordarlos no sería suficiente para cambiarlo. En cuanto a las hembras, sería, creo, con humildad, que sería una pérdida para el público, porque pronto podrían ellas mismas ser fértiles: Y además, no es improbable que algunas personas escrupulosas pronto reprueben la práctica (aunque de manera muy injusta) como algo que bordea en la crueldad, lo que, confieso, siempre ha sido para mí la objeción más fuerte contra cualquier proyecto, sin importar qué tan bienintencionado.

Pero para justificar a mi amigo, confesó que esta idea fue inspirada por el famoso Salmanaazor, un nativo de la isla de Formosa, quien vino desde ahí a Londres hace unos veinte años, y en conversación le dijo a mi amigo que en su país, cuando cualquier persona joven era condenada a muerte, el verdugo vendía el cuerpo a personas de calidad, como un manjar delicado; y que, en su época, el cuerpo de una rolliza muchacha de quince años, que fue crucificada por intentar envenenar al Emperador, fue vendido al primer ministro de estado de su majestad imperial, y a otros grandes mandarines de la corte directamente desde el cadalso por cuatrocientas coronas. Tampoco puedo negar que si el mismo uso se hiciera de varias rollizas muchachas de esta ciudad, quienes sin tener un sólo grano de trigo a su nombre, no pueden salir de casa sin silla, y que aparecen en el teatro y en reuniones usando finos vestidos extranjeros que nunca pagarán, el reino no estaría peor.

Algunas personas de espíritu desalentador están preocupadas por el vasto número de personas pobres que además son viejos, enfermos o inválidos; y se ha deseado que emplee mis pensamientos en ver qué puede hacerse para aliviar a la nación de tan pesada carga. Pero no me preocupa en lo más mínimo ese asunto, porque es muy bien sabido que todos los días mueren, y se pudren, por el frío y el hambre, y la suciedad, y los bichos, tan rápidamente como puede razonablemente esperarse. Y en cuanto a los jóvenes jornaleros, ya están casi en las mismas condiciones. No pueden encontrar trabajo, y por tanto languidecen por falta de sustento, a tal grado, que si en algún momento son contratados por accidente para realizar labores manuales, no tienen la fuerza para realizarlas, y por tanto el país y ellos mismos son felizmente liberados de los males por venir.

Me he desviado demasiado, y por tanto regresaré a mi tópico. Creo que las ventajas de la proposición que he hecho son obvias y muchas, además de ser de la mayor importancia.

En primer lugar, como ya he observado, disminuiría notablemente el número de papistas, de los que estamos saturados cada año, al ser los principales reproductores en la nación, además de nuestros enemigos más peligrosos, y quienes permanecen en casa a propósito con el designio de entregar el país al Pretendiente, esperando aprovechar la ausencia de tantos buenos protestantes, que han preferido dejar el país a permanecer en él y pagar el diezmo contra su conciencia al clero episcopal.

En segundo lugar, los renteros más pobres tendrán a su nombre algo de valor, que por ley podrá ser aplicado a sus deudas para ayudar a pagar la renta al terrateniente, ya que su trigo y ganado ya han sido embargados, y el dinero les es desconocido.

En tercer lugar, dado que el sustento de cien mil niños de dos años de edad en adelante no puede ser computado en menos de diez chelines cada uno por año, los recursos de la nación se verán incrementados en cincuenta mil libras al año, además de la ganancia de un nuevo platillo, presentado a las mesas de todos los caballeros de fortuna en el reino que tienen algún refinamiento en el gusto. Y el dinero circulará entre nosotros mismos, al ser los bienes completamente nativos en crianza y manufactura.

En cuarto lugar, quienes se reproduzcan constantemente, además de la ganancia de ocho chelines al año por la venta de sus niños, se librarán del gasto de mantenerlos después del primer año.

En quinto lugar, este alimento con seguridad generaría grandes negocios para las tabernas, donde los patrones ciertamente tendrán la prudencia de encontrar las mejores recetas para prepararlo a la perfección; y consecuentemente verán sus casas frecuentadas por todos los más finos caballeros, quienes justamente se precian de su conocimiento de la buena cocina; y un cocinero habilidoso, que entienda cómo agradar a sus huéspedes, buscará hacerlo tan caro como desee.

En sexto lugar, este sería un gran estímulo al matrimonio, el que todas las naciones sabias han promovido con recompensas o hecho obligatorio con leyes y castigos. Aumentaría el cuidado y la ternura de las mujeres hacia sus hijos, cuando estuvieran seguras de tener una colocación de por vida para los pobres bebés, proporcionada en parte por el público, que les proporcionará una ganancia anual en vez de un gasto. Pronto veremos una honesta competencia entre las mujeres casadas, cuál de ellas podrá traer el niño más gordo al mercado. Los hombres se encariñarían tanto de sus esposas, durante el embarazo, como lo están ahora de las yeguas con potrillo, de las vacas con ternero o de las cerdas cuando están a punto de dar a luz; no más las golpearían o patearían (como es frecuentemente la práctica) por miedo de un aborto.

Muchas otras ventajas podrían enumerarse. Por ejemplo, la adición de algunos miles de cuerpos en nuestra exportación de carne: la propagación de la carne de cerdo, y la mejora en el arte de hacer buen tocino, que tanto se ha descuidado ante la gran merma de cerdos, demasiado comunes en nuestras mesas; que de ninguna manera se comparan en sabor o magnificencia a un gordo y bien desarrollado niño anual, que rostizado entero hará una figurá considerable en el banquete de un Lord Mayor, o en cualquier otra función pública. Pero estas, y muchas otras, omito, siendo amante de la brevedad.

Suponiendo que mil familias en esta ciudad serían clientes constantes de carne de infante, además de otros que podrían adquirirla en reuniones especiales, particularmente en bodas y bautizos, calculo que Dublín consumiría anualmente unos veinte mil cuerpos; y el resto del reino (donde probablemente podrían venderse un poco más baratos) los restantes ochenta mil.

No puedo pensar en una sola objeción que pueda ser presentada contra esta proposición, a menos que sea que el número de personas se verá muy reducido en el reino. Esto lo acepto libremente, y fue de hecho una de las ideas principales al ofrecerla al mundo. Deseo que el lector observe que calculo mi remedio tan solo para este Reino de Irlanda, y para ninguno otro que haya existido, exista o, creo, pueda existir sobre la Tierra. Por tanto, que nadie me hable de otras soluciones: De imponer impuestos a los emigrantes de cinco chelines por libra: De no usar más telas o muebles caseros que los que son de nuestra propia manufactura: De rechazar de plano los materiales e instrumentos que promueven lujos extranjeros: De curar el derroche causado por el orgullo, vanidad, pereza y ocio de nuestras mujeres: De introducir una vena de parsimonia, prudencia y sobriedad: De aprender a amar a nuestro país, en lo que nos diferenciamos incluso de los Lapones y de los amantes de

Topinambo: De renunciar a nuestras animosidades y facciones, y no más actuar como los judíos, que se asesinaban unos a otros en el momento mismo en que su ciudad era tomada: De ser un poco cautelosos de no vender nuestro país y nuestras conciencias por nada: De enseñar a los terratenientes a temer al menos un grado de misericordia para con sus renteros. Por último, de inspirar un espíritu de honestidad, industria y habilidad en nuestros comerciantes, quienes, si se pudiera tomar ahora una resolución de comprar solamente nuestros productos nativos, de inmediato se unirían para estafarnos en el precio, la medida y la calidad, y que no podrían ser obligados a ofrecer un trato justo aunque a menudo y con sinceridad se les invite a ello.

Por tanto, repito, que nadie me hable de estas y otras similares soluciones, hasta que tenga al menos una mínima esperanza de que habrá algún intento sincero y serio de ponerlas en práctica.

Pero en cuanto a mí, cansado de tantos años de ofrecer vanos, ociosos, visionarios pensamientos, y por fin perdida completamente la esperanza de tener éxito, por fortuna caí en esta proposición, que, así como es completamente nueva, ofrece algo sólido y real, que no requiere pocas molestias y ningún gasto, totalmente dentro de nuestro poder, y con la que no corremos el riesgo de incomodar a Inglaterra. Pues este tipo de producto no se prestará a la exportación, ya que la carne es de consistencia tan tierna que no admite una larga preservación en sal, aunque quizá pueda nombrar a un país que gustosamente se comería completa a nuestra nación sin ella.

Después de todo, no estoy tan violentamente seguro de mi propia opinión como para rechazar cualquier oferta, propuesta por hombres sabios, que deberá ser en igual medida inocente, barata, fácil y efectiva. Pero antes de que algo así sea propuesto en contradicción a mi esquema y ofreciendo uno mejor, deseo que el autor o autores se sirvan con madurez considerar dos puntos. Primero, a como están las cosas, cómo podrán encontrar alimento y vestido para cien mil bocas y espaldas inútiles. Y segundo, habiendo alrededor de un millón de creaturas de forma humana en este reino, cuyo completo sustento colocado en conjunto los dejaría con una deuda de dos millones de libras esterlinas, añadiendo a los que son pordioseros de profesión, a la masa de granjeros, renteros y jornaleros, con esposas e hijos, que son pordioseros de hecho; deseo que aquellos políticos a quienes desagrada mi propuesta, y que quizá tengan el atrevimiento de intentar una respuesta, que primero pregunten a los padres de estos mortales si no pensarían hoy que hubiera sido una gran felicidad ser vendidos como alimento al año de edad, del modo que describo, y así haber evitado la perpetua sucesión de desgracias que han vivido desde entonces por la opresión de los terratenientes, la imposibilidad de pagar renta sin tener dinero ni oficio, la falta de sustento básico, sin casa ni ropas que los cubran de las inclemencias del tiempo, y el inevitable prospecto de condenar a las mismas o peores miserias a sus descendientes para siempre.

Profeso, en la sinceridad de mi corazón, que no tengo el más mínimo interés personal en promover este necesario trabajo, no teniendo otro motivo que el bien público de mi país, al promover nuestro comercio, dando sustento a los infantes, aliviando a los pobres y proporcionando algún placer a los ricos. No tengo niños por los que pudiera planear ganar un sólo centavo; el menor de

ellos contando con nueve años de edad, y mi esposa habiendo ya superado la edad de concebir.